

# El arquitecto Charles Zogeuron\*

Josep Maria Rovira

Catedrático de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura  
de Barcelona, Universidad Politécnica de Cataluña

\* Texto originalmente publicado en la revista *Papeles dc* 12 (diciembre 2004), 90-101.

La segunda vez que vio su rostro fue en la portada de *Formas de Arquitectura*, aquella revista cara que sólo recomendaban los profesores de la asignatura de Proyectos de la Escuela donde Daniel González cursaba cuarto curso de arquitectura. Lo hizo con prisas, de reojo, en el bar, tomando un café y gracias a un amigo de segundo. Llegaba tarde a clase y transportaba una delicada maqueta de papel. Pero tuvo -o lo buscó- el tiempo justo para observar. De hecho conocía la obra de Charles Zogeuron, le interesaban sus trabajos, sobre todo aquellos que dibujó cuando era joven, que le permitieron ganar sus primeros concursos e iniciar su ascensión en el mercado profesional. Allí donde se observaban ideas con alguna clase de riesgo, pensaba Daniel. Aquellos trazos inseguros, pero llenos de fuerza, trazados con lápiz pastel. Siempre había intuido, a través de las algo antiguas revistas de la biblioteca, que era de lo mejor que se había producido en aquel gremio tan lleno de estrellas sin firmamento. De Charles siempre le había gustado, también, el pelo largo de sus años jóvenes, su barba y su aire de inconformista, sus camisetas desbocadas y aquellos Levi's que parecían eternos. Era la única imagen que circulaba, repetida, por aquellas publicaciones que ahora el tiempo había postergado.

Desde hacía ya algunos años, aquella presencia había cambiado. Lucía la cabeza rapada, aunque a Daniel no le quedó claro si todo obedecía a los dictados de la moda o se trataba de una manera sutil de

disimular una calvicie prematura. La mirada de Zogeuron adquiría una gravedad que impresionó al estudiante. Ahora, en la foto que hizo girar la cabeza de Daniel, vestía una americana negra con unas hombreras que descendían por los antebrazos, como si el sastre hubiera idealizado la estructura ósea del cliente. O se hubiera equivocado al tomar medidas. Apoyaba la barbilla en la mano, con el dedo índice paralelo a la nariz, sosteniendo el pómulo derecho. El gesto abundaba en la profundidad de sus patas de gallo y agravaba la marca que las gafas le dejaban en la nariz, que debían descansar en una mesa cercana. Y la camiseta desbocada había cambiado de color y dibujaba impecablemente la redondez del cuello. En cualquier caso, se le veía moderno y eso era suficiente ante los ojos de cualquier estudiante de arquitectura.

Y cuando entró en la penumbra del aula, le pareció que una extraña coincidencia tenía alguna clase de significado. La misma imagen de la portada de la revista había sido fotografiada por el profesor de proyectos, que aquel día daba una clase sobre la obra de Charles Zogeuron, y era visible en la pantalla. El profesor de proyectos, Carlos Retuerto, con la voz engolada iniciaba su discurso: "La obra de Charles, puedo llamarle así porque una vez coincidimos en un simposio e intercambiamos nuestras direcciones electrónicas, es lo más importante que ha dicho la arquitectura en los últimos diez años".

Daniel observó la cabeza con poco pelo y la americana negra del profesor de Proyectos y le pareció adivinar unos hombros caídos. Cuando empezaba a preguntarse qué clase de arquitectura sería aquella que era capaz de hablar, la voz continuó. "Charles ha sido capaz de ser a la vez racionalista y orgánico, sin descuidar una excursión por el posmoderno y captar la esencia de la deconstrucción, sin dejar de producir sus proyectos de un modo artesanal. Vosotros no estábais para recordar la genial conferencia que nos dio en la escuela hace ocho años. Ya entonces defendió despachos pequeños para no perder el control del proyecto. Admirable, Charles". Mientras hablaba, fuera de lo que fuese, hacía constantemente signos de entrecomillado. Toda la escuela, menos él, sabía que los estudiantes le llamaban el Marqués de Comillas. Daniel miró su maqueta de papel y empezó a preguntarse si aquello, como la obra del señor Zogeuron, sería capaz de decir algo y cuán racionalista u orgánica podría llegar a ser. El discurso adjetivado continuaba: "Observad esta planta, cómo las circulaciones no se cruzan y cómo hay una tensión entre la sala de estar y el comedor que Charles resuelve genialmente de un modo muy interesante".

Daniel miraba con atención y sólo alcanzaba a vislumbrar una sala de estar separada del comedor por dos escalones más bien inoportunos, una ventana curvada donde iba a ser difícil defenderse del sol o colocar un nuevo cristal y un pilar en el centro que no aclaraba la

necesidad de su interés espacial. Pero claro, si tan poco merecía tanto comentario, al chico le pareció que debía de estar todo muy bien. "Fijaos en esta fachada. Cómo Charles hace los encuentros entre los planos sin que se note, cómo entrega el edificio contra el suelo con una lámina de agua y cómo el reflejo actúa de pantalla frente al solar. ¡La casa flota, chicos!" El exceso oratorio desbordó el discurso del docente de tal manera que tuvo que pararse. Como si estuviera agotado después de un esfuerzo descriptivo muy grande o se hubiera extasiado ante la obra o se hubiera escuchado demasiado a sí mismo. O como si esperara una señal de agradecimiento del señor Zogeuron, que en aquel momento volaba hacia Singapur en su jet privado para presentar el proyecto de un concurso restringido de un parque temático. A Daniel se le contagió el entusiasmo del profesor. Una empatía explicable.

Después tocaba corregir proyectos y a Daniel le fue muy bien. Asistió, en silencio, a las alabanzas del profesor, que volvió a decir orgánico o racionalista varias veces, y ahora añadió que la propuesta de su estudiante incluso podría considerarse algo "High Tech". El chico escuchó el discurso sin inmutarse y cuando el docente había terminado le preguntó: "Perdone señor Retuerto... ¿ha leído el *Viaje a Oriente*?" El profesor hizo una mueca de desagrado y contestó: "Ah... sí... claro... eso es de Le Corbusier ¿no?... Claro... claro que lo he leído. ¡Hombre!, ¿cómo se

te ocurre preguntar eso? ¿Es aquel en que habla de coches, barcos y aviones no? ¿A qué viene eso ahora, cuando ha pasado tanto tiempo?" Ante una respuesta tan inesperada, Daniel siguió con su argumento: "No, no... nada... nada, es que me pareció que Le Corbusier pensaba la arquitectura en otros términos y... no sé... en fin". Daniel recogió sus papeles y se marchó a casa, terminó el proyecto en pocos días y obtuvo una calificación de matrícula de honor. Eso le daba derecho a una beca en el extranjero para trabajar en el despacho de un arquitecto de su elección.

Luego de consultar con el profesor de proyectos, decidió que elegía al señor Zogeuron. "Haces bien González", dijo Retuerto, "Charles te enseñará cosas que ni imaginas... Hoy en día es uno de los mejores del mundo... Claro que está en nuestro programa de intercambio gracias a mí... Porque como sabes, nos conocemos..." Hizo los trámites y fue admitido para trabajar tiempo completo, desde septiembre en el despacho parisino de Charles Zogeuron. Era la sede central de su firma de entre las varias que tenía esparcidas por el mundo y donde se suponía que la estrella pasaba la mayor parte de sus horas trabajando. "A ver si tengo suerte y le conozco", fue lo primero que pensó Daniel al salir de secretaría.

Llovía aquel día de otoño cuando Daniel consiguió encontrar la puerta del estudio de su arquitecto preferido. Rive Gauche. El chico llevaba consigo sus proyectos escolares. Quería enseñárselos al señor Zogeuron. Secretamente esperaba alguna clase de reconocimiento. Orgullo disfrazado de modestia que quizás le valdría empezar desde un poco más arriba en aquel lugar que no imaginaba. Llovía y pudo protegerlos escasamente. "A ver si tengo suerte y no me toca ser el chico de los cafés, como le pasó a Sergio cuando estuvo en la

delegación de Londres de Sizel", pensaba.

La puerta se abrió con parsimonia, accionada por algún mecanismo eléctrico. Un suelo acerado, continuo, se diluía en un vacío enorme que aumentaba su tamaño al no tener un final preciso. Avanzó unos pasos y distinguió, detrás de un mostrador blanco, un universo nuevo, presidido por una recepcionista con expresión metálica. Tenía el rostro reflejado en la pantalla de cristal líquido de un ordenador inalámbrico. Detrás de aquella acogida de calculada sofisticación tecnológica, se prolongaba la estancia. Allí trabajaban, en silencio, otras mujeres pulcras; estaba forrada de cristal y miraba a la orilla del Sena a través de una ventana muy larga y estrecha a la altura de sus rodillas.

La señora repitió demasiadas veces "Mais ouiiii..." sin dejar de teclear. "Monsie... Señor Gon... zaléz, Daniel González... Oui... aquí... tengo el mail de su école, conforme hará prácticas en nuestro atelier... ¿Qué si lo ha enviado el professeur Retuerto?... No... no tengo a nadie con ese nombre en mi archivo... lo remite la sección de Relaciones Internacionales de su escuela e indica todos los datos técnicos que necesitamos... Todo está en orden... Imprimo el formulaire y después ya le indicaré..." Daniel se apoyó en el mostrador y con la bocamanga de su chaqueta tejana intentó aderezar alguno de sus planos.

Le dieron la última mesa del despacho, detrás del departamento de estructuras. Una nave a doble altura que acababa en una cristalera azulada, sin límites. Parecía una imagen del escenógrafo de Willy Wilder. También miraba al Sena, pero ahora sin complejos. Contaba con más de cincuenta mesas de trabajo, frente a las que se sentaban estudiantes de arquitectura, arquitectos recién licenciados

e ingenieros jóvenes de todo el mundo. En frente de la cristalera del río, otra del mismo material, opaca, reflectante, duplicaba el tamaño de la nave. Permanecían enfocados al ordenador como si fueran una extensión de la máquina. Ocho horas al día más algunas noches, cuando había urgencia en la entrega de algún proyecto, algo que se repetía con frecuencia. No consiguió ver ni un solo lápiz, ni un papel, algo que denotara la importancia de la mano, de la idea. No había ningún libro. Sólo revistas de arquitectura y catálogos de materiales. Y una sección especial con todo lo publicado sobre la obra del señor Charles Zogeuron. Le pusieron a modificar las cotas de un plano de cimentación que parpadeaba en la pantalla, como si algún descuidado predecesor hubiera huido precipitadamente.

Entabló amistad con un madrileño y un holandés que le admitieron en su apartamento, pequeño pero algo mejor situado y equipado que aquella pensión triste que encontró el primer día. Hablaban de arquitectura, de su futuro y de su situación en el despacho del señor Zogeuron. Ninguno de los tres estaba a gusto en su lugar de trabajo. Sólo hacían tareas que consideraban subsidiarias en diferentes secciones del estudio. Jän se ocupaba de repasar las carátulas de los cientos de planos que cada día entraban en su máquina y José era el encargado de insertar, desde el archivo general que suministraban las casas comerciales, las distribuciones de los baños que le llegaban en blanco. Daniel comprobaba que los hierros dibujados en los pilares coincidieran con los contenidos en las hojas de cálculo que los ingenieros le proporcionaban.

Pero eran jóvenes, no estaban mal pagados y vivirían en París durante, al menos, un año. Suficiente para estar contentos y dejarse seducir por aquella ciudad de la que tanto

podían, si querían, aprender. Los dibujos de sus carpetas empezaron a amarillear. Jän tenía una guía de arquitectura que los tres estudiantes empezaron a desmenuzar. Perret, Loos, Mallet, Soufflot, Le Corbusier, Nouvel, Perrault, Mansart, Garnier, Labrouste, el primer Zogeuron... Los fines de semana que no trabajaban recorrían las calles de la ciudad a la caza de aquellos edificios imprescindibles para ellos. José era más amante del arte y de sus museos y también éstos fueron admitidos en el recorrido. Manet, Monet, Picasso, Cézanne, Delacroix, Rodin, Moreau... y los días iban pasando y ninguno había visto jamás al señor Zogeuron. Se rumoreaba que detrás de los cristales espejados se encontraba lo que llamaban el *sancta sanctorum*, su lugar de trabajo, rodeado –se decía– de secretarías, asesores comerciales y de imagen y de algunos arquitectos menos jóvenes

Tantos itinerarios recorrieron que, en un "bouquiniste", Daniel encontró la edición original de *Vers une architecture*, 1923, firmada por Le Corbusier-Saugnier. Daniel no sabía quién era ese tal Saugnier. "Mira por dónde, el mejor libro de arquitectura del siglo veinte" –pensó– recordando las palabras del profesor de historia de su escuela. El precio le asustó pero dejó una escasa paga y señal y dijo que volvería al día siguiente. Llamó a casa y telefoneó a su abuela. Sabía que la mujer le había prometido un regalo extraordinario cuando acabase los estudios y también que el abuelo había regentado un negocio de libros de viejo. Pidió que le adelantara el regalo, pues con las prácticas de París, al regresar ya sólo le faltaría el proyecto final para concluir los estudios. "Y encontrar ese libro, abuela, es una ocasión única. A ver, dime ¿cuántas ofertas has tenido por la edición original de *El romancero gitano* que con tanto celo conservas... ¿Eh?... venga, dime!"

Lo del amor por un libro viejo enterneció a la anciana que le envió el dinero aquella misma tarde.

Entre los tres lo liberaron de su provisional envoltorio de papel de periódico aquella misma noche. Lo hojearon con reverencia, en silencio. El Partenón de Atenas, el Coliseo de Roma, San Pedro de Miguel Ángel, aviones, coches, barcos. Algunos edificios dibujados por el arquitecto, con trazo tembloroso, en sus últimas páginas. No parecía un libro de arquitectura... Pero lo era y Daniel lo sabía. Le cogió tanto afecto que lo llevaba siempre en su bolsa, forrado, como si le doliera dañarlo o temiera que alguien, al reconocerlo, quisiera robárselo. Lo hojeaba en el metro..

Un día lo exhibió ante su compañero de sección, Giorgio, un ingeniero italiano que se mostró muy interesado cuando leyó: "Esthétique de l'Ingenieur". Lo recorrieron juntos antes de que el jefe de su sección se presentase. Trabajaron hasta tarde y Daniel lo olvidó encima de la mesa al marcharse, muy entrada la noche. Tenía una cita con una parisina en una fiesta. Se dio cuenta de su descuido al llegar a casa pero no se alarmó, además estaba muy ocupado en otras cosas. Lo sabía en lugar seguro. Un libro de arquitectura del arquitecto más importante del siglo XX, encima de una mesa de trabajo del arquitecto más importante del siglo XXI. Incluso le hizo gracia el fugaz paralelismo.

A la mañana siguiente el libro no estaba allí. Preguntó a Giorgio, que dijo no saber nada, además Daniel era consciente de que había sido casi el último en marcharse la noche anterior. Le esperaban Claudine y una noche prometedora, pero quería acabar aquel maldito recuento de estribos. De modo que se marchó corriendo... No, aquella noche no venía la brigada de la limpieza, que sólo pasaba los viernes... Quedó desolado por unos minutos.

Un taconeo insistente sobre la madera del suelo blanco le sacó de su ensimismación. Era rubia, alta, delgada y medio estudio interrumpió el trabajo al ritmo de su avance. Nadie la había visto nunca. Iba tan bien vestida, traje de chaqueta negro, falda corta, que parecía una modelo de Armani. Se detuvo en la mesa de Daniel y se inclinó ligeramente susurrando alguna clase de mensaje. Sonreía. Le tomó por el brazo con suavidad y le invitó a seguirla. Desaparecieron detrás de la pared reflectante.

Atravesaron un patio con jardín, entraron en un vestíbulo de madera y tomaron un ascensor antiguo que se elevó durante mucho tiempo con lentitud y en silencio. Daniel observaba como soñando, a aquella chica, mayor que él, más alta que él, mejor vestida que él, que le miraba sonriendo, como si aquel gesto se lo hubieran esculpido en la cara. El maquillaje y la pintura de los ojos denotaban una sofisticación alejada de las representantes del género femenino que el chico hubiera podido conocer a lo largo de su corta vida, entre colegio y facultad. Y eso que Claudine se cuidaba.

Cruzaron por otro estudio, poblado de gente mayor, con pocos ordenadores y las paredes repletas de imágenes de edificios que a Daniel le fueron familiares. Las paredes revestidas de madera le conferían un carácter atemporal. Después bajaron algunas escaleras, sortearon un taller de maquetas, irrumpieron en otro despacho pulcro en el que trabajaban tres personas y, al fondo, Daniel observó una puerta enmarcada por dos columnas dóricas, con una éntasis equivocada de proporciones, pintadas de rojo y que no descansaban sobre el suelo. Un frontón, medio recto y medio curvo, remataba el desatino... La chica se detuvo y le hizo un gesto, señalándole que debería seguir solo y que no se le olvidase llamar. Lo hizo con dos golpes casi inaudibles.

Entró con una cierta congoja y vio, al fondo de una estancia enorme, al señor Charles Zogeuron. Ahora todo volvía a ser de acero y cristal. Todo menos una mesa muy larga, situada detrás de la estrella de la arquitectura mundial e iluminada por una cálida luz que le entraba desde la izquierda. Contenía esbozos a lápiz, realizados con trazo grueso y toques de pastel. El arquitecto era como el de la fotografía de la revista reciente y estaba sentado detrás de otra mesa. "Ésta parece diseñada por Foster" -se dijo Daniel. La misma americana, la misma cabeza rapada. Observó sus zapatos de cordones y suela gruesa. Se le antojaron muy caros. Zogeuron se levantó por entre su reducto, formado por aquellas dos superficies planas. Avanzó hacia el excitado español y le tendió la mano, a la vez que se quitaba las gafas. Anduvieron hasta la parte opuesta de la estancia.

"En tu ficha pone que te llamas Daniel González y eres de Barcelona... Bien... asseyez-vous." Le ofreció un sillón de Le Corbusier de cuero negro y estructura de acero inoxidable. Cúbico, escaso. Zogeuron se colocó frente a él, en una silla Barcelona, blanca. Entre ambos la mesa de Terragni mostraba, en su superficie circular de madera de raíz, el libro que Daniel creía haber perdido.

El arquitecto iba a decir algo cuando tuvo que levantarse para atender una llamada que provenía de alguno de los cuatro teléfonos móviles de su mesa. El chico se giró hacia su derecha y observó una enorme vitrina llena de libros de arquitectura con aspecto de viejos. Consiguieron ver portadas de los libros de la Bauhaus, de Loos, de Le Corbusier, colecciones de revistas como *ABC*, *L'Esprit Nouveau*... No tuvo tiempo de hacer más. Escuchó "of course mister major, the project will be here tomorrow morning". Un breve espacio de tiempo sirvió

para que las siguientes palabras fuesen, más o menos, traducidas a su cerebro "Lo de Cambridge tiene que llegar mañana sin falta... Me da igual... pon más gente... Trabajad por la noche. ¡Joder!"

"Un teléfono por cada continente en los que trabajo, sólo para llamadas importantes", dijo al volver a la silla blanca, esbozando una sonrisa... "bueno hijo, veo que has encontrado ese tesoro. No sé cómo ha venido a parar a tus manos ni me importa, aunque me parece extraño. Hace años que lo busco y todos los libreros de viejo importantes de París lo saben... Didier, Lolieé, Ottereleau... La verdad es que ese Le Corbusier ya no me interesa nada, pero como habrás observado colecciono libros del tiempo de las vanguardias y carezco de la primera edición de aquel demagogo suizo que tanto poder tenía en la Europa de entreguerras... Bueno, que... quiero decir que lo necesito y quiero comprártelo. Dime un precio y me lo quedo, una cantidad..."

Aquellas manos que danzaban frente a él no le fueron familiares a Daniel y los gestos de la boca se le antojaron extraños, pero claro, sólo estaban en una fotografía de juventud muy vieja, en una revista antigua de la escuela. Daniel pensó que todo aquel recuerdo había desaparecido junto con cabellos largos, barba desaliñada y camiseta desbocada...

La mente del chico no salía de su asombro desde hacía bastantes minutos, pero no esperaba aquella petición. Volvió a sonar el teléfono, esa vez desde Tokyo. Y otra vez los "yes" y los "of course" acompañados de gestos de reverencia volvieron a aflorar. Daniel pensó que si alguna vez era famoso trataría a los clientes con más autoridad. A mitad del camino de regreso a la silla de Mies, entró una secretaria recordando el vuelo a Roma y la hora de la entrevista en *Il Corriere della Sera*. Un "Pardon..." precedió



a otra llamada a la que siguió una carrera hacia la puerta para atender algo en la estancia vecina.

Daniel empezaba a impacientarse. Hacía rato que el señor Zogeuron no daba señales de vida.

Se levantó y observó con embeleso la vitrina sagrada. Al cabo de un buen rato, tomó su libro y empezó a caminar hacia la puerta. No pensaba venderlo. "Qué iba a decir la abuela", fue el argumento más convincente que creyó poder contarle al jefe. Antes de salir quiso ver los esbozos, aquellos trazos que tan bien recordaba.

Se acercó. Para su sorpresa comprobó que eran reproducciones, muy buenas, pero fotocopias, con trazos de grafito emborronándolas, una goma de borrar y algunos lápices de colores esparcidos por su superficie.

El papel amarilleaba un poco. Se quedó absorto, intentando descifrar el significado de aquel descubrimiento. Acercó la mirada y confirmó lo que había visto. "Qué extraño", pensó.

"No, no son originales, sino fotocopias de propuestas viejas que hemos instalado aquí para que los clientes selectos las vean desde lejos". Una mano le acarició con suavidad el hombro por detrás. Se giró algo asustado y pudo ver a un hombre maduro, alto, con el pelo largo, canoso y la barba blanca. Llevaba una camiseta desbocada y unos Levi's gastados que apenas cubrían unos botines de ante azul. "Parecen de verdad... n'est pas?" Le pareció un espectro cuando sospechó que se encontraba ante el auténtico Charles Zogeuron, con más años, claro, pero con aquella expresión entre dulce y distante que Daniel recordaba de las revistas viejas de la escuela. Y con aquellas manos huesudas que nunca mostraba el falso Zogeuron, que las tenía regordetas como de plantigrado. "Sí chico... soy yo... por la sorpresa de tu mirada me parece adivinar que has descubierto el truco". Daniel apretó con fuerza su libro.

Se sentaron. El auténtico Zogeuron empezó un discurso que parecía tener aprendido pero que aún pronunciaba con voz vibrante. "No hay nada nuevo desde la vanguardia de los años veinte y treinta del siglo pasado. Si quieres podemos alargarlo hasta finales de los sesenta con buena voluntad e incluir las primeras obras de Rossi y Stirling. Los arquitectos de hoy decimos que hacemos cosas nuevas para que nos encarguen proyectos o lo escribimos en las memorias de muchos concursos, pero sabemos que no es cierto. Lo sabemos, pero no queremos aceptarlo. Todos somos unos aprendices sin discurso al lado de ellos. Y unos traidores". Se pasó los labios por la lengua, como preparándose para continuar un buen rato. A Daniel le pareció que el sillón de Le Corbusier reducía su tamaño, si es que ello es posible. Zogeuron se despegó del respaldo blanco. Continuó.

"Para conseguir encargos y tener dinero hacemos lo que sea necesario y nuestras obras intentan ser únicamente amables con el poder y complacientes con la realidad de los negocios, más que no críticas con ellos o con la propia disciplina. No tienen ni propuesta ni contenido, o si lo tienen es tan escaso que da risa. Hace muchos años que no proyecto, pero tengo una empresa y me gusta vivir bien. Este imbécil rapado es Claude y lo escogieron por nuestro parecido a esas empresas que se dedican a encontrar dobles, ya sabes el de Beckham etc. Ha tomado mi personalidad. Es mi imagen y me vende mejor que lo haría yo. e he comprado un holograma al que le encanta mandar, viajar como un loco y estar en treinta sitios a la vez vendiendo mierda. Mis asesores le indican cómo endosar los proyectos que se hacen y es capaz de renunciar a cualquier escasa idea que tenga la empresa, que se produce en el tercer despacho que has visto, con tal de colocar idénticas propuestas en lugares diferentes".

Volvió hacia atrás, estiró los brazos, los colocó detrás de su cabello blanco y sonrió: "Y mientras tanto, yo no hago nada, que es lo que más me gusta. Deambulo por anticuarios, asisto al cine, al teatro, a conferencias y exposiciones. Los fines de semana me desplazo a una casa antigua de Normandía, ya sabes, "Chez Proust," como decimos los snobs de París, con mi novia y mi perro. La firma me pasa un sueldo considerable, suficiente para mis escasos gastos y para adquirir los libros del tiempo de las vanguardias, esos que ves aquí delante y a los que dedico horas de contemplación, lectura y estudio. Si algo nuevo queda por hacer, sólo puede venir de una sabia interpretación de ellas. Y para ello necesito tiempo. Hago esquemas de los encargos que tenemos, pero los destruyo en cuanto compruebo que no avanzo, que son una repetición de lo que hacía antes, que tampoco era tanto. Eso que llaman un crítico de los que publican banalidades en los suplementos dominicales de periódico y en las revistas corporativas, miope y ávido de poder, sobrevaloró aquellas propuestas. No mostraré nada mío hasta que no esté convencido de que puedo aportar algo mejor que lo de Gropius, Mies o Le Corbusier. Y si la muerte me pilla antes de que eso suceda, algo muy probable, pues bueno, no pasa nada. Alguien lo hará, pero eso llegará, puedes estar seguro de ello. Y vendrá por el camino que te digo".

Charles Zogeuron se tomó un descanso. Había soltado el discurso de un solo golpe y parecía respirar con dificultad. Pero en su mirada había una sonrisa plena, como de quien sabe que ha elegido bien su camino. Continuó casi de inmediato, acercándose al aturdido estudiante español: "El libro viene firmado, también, por un tal Saugnier, que es el segundo apellido de Ozenfant, el pintor que tantas cosas le enseñó a Le Corbusier. Los dos publicaban

con ese seudónimo compuesto sus escritos en la revista *L'Esprit Nouveau* donde se fraguó el texto por entregas que después sería el libro que has encontrado con tanta suerte. Tengo dos ejemplares, dedicados por los dos autores, de la primera edición de *Vers une architecture*, pero el estúpido de Claude no se había enterado. De aquí su gesto, intentando complacerme, como si el tinglado que hemos montado me perturbara... ¿Me guardarás mon secret?"

Daniel afirmó absorto y algo desencajado, mientras seguía apretando su libro. Aceptó la mano que le tendía Charles y se dispuso a marcharse. Una risotada precedió a "Fais attention au... frontón rojo, al salir. Es sólo el fragmento de una maqueta que le vendimos a los rusos para la entrada de su embajada en Sudáfrica con el argumento de que así se unía lo clásico con lo vanguardista ¡Ja,ja,ja,ja! Ordené ponerla allí porque es el síntoma de la mala salud de una disciplina que alguna vez se había propuesto ser útil a los hombres..."

A Daniel se le antojó que el camino de vuelta hacia su lugar de trabajo le conducía hacia ninguna parte y que el escaso mundo percibible que podía abarcar su atolondrada mirada estaba ocupado por la mímica vibrante de entrecomillados que exhibía aquel profesor... ¿cómo se llamaba?... ¡Ah sí!, Retuerto.